

Muy al comienzo del año 1977 —3 de enero— desapareció de entre nosotros el gran maestro Angel Valbuena Prat. Había nacido con el siglo actual. Su numerosa obra crítica marcará un hito en las letras españolas. Todas las generaciones de nuestros días han gustado de los clásicos y los modernos españoles a través de sus luminosos comentarios.

Tuve la suerte de conocerle el año 1944, con motivo de un encuentro entre las universidades murciana y valenciana, cuyas cátedras de literatura española profesábamos respectivamente. El había llegado a la de Murcia (después de su ingreso por la Laguna), desde la Universidad de Barcelona, en virtud de un desgraciado y absurdo expediente disciplinario. Yo estaba en la de Valencia, tras mi entrada por oposición en la Universidad de Santiago. Luego pasamos los dos, en nuevas oposiciones —él antes que yo— a la Universidad Complutense de Madrid. El dicho inicio de una amistad entrañable y por mi parte admirativa, tuvo lugar en Orihuela. Había yo organizado «un viaje sentimental por rutas mironianas», y en él, con mis alumnos, llegué a la «Oleza» inmortal, donde nos esperaba, con sus discípulos murcianos, Angel Valbuena. Luego todos lo seríamos de él y pudimos continuar ya juntos nuestro aprendizaje del gran Gabriel Miró.

Indestructible fue desde aquel remoto entonces nuestra amistad. Más que amigos y compañeros llegamos a ser verdaderos hermanos. Por eso puedo escribir de Valbuena con conocimiento directo y real.

Angel Valbuena Prat fue, como ya afirmé, uno de los colosos de la historiografía crítica literaria española. Interpretaciones las suyas bien significativas e incluso, en cierto modo, originales. A su peculiar manera de ver el fenómeno literario debemos su conjunción con las artes

plásticas, que, además de otros aciertos, hacía más visibles y evidentes, tras la presentación de ejemplos de otros mundos artísticos, la realidad del fenómeno poético. Igual podríamos decir de la valoración del subconsciente, utilizado con acierto. Su gran formación litúrgica y confesional hacía bien vivas sus críticas.

Mucho más podría indicar sobre la personalidad del profesor Valbuena y sus libros de historia literaria española, pero dado el carácter de estos *Anales* he de referirme, sin deseos de exhaustividad sino de meros ejemplos, al aspecto hispanoamericanista de la obra y del magisterio de Valbuena Prat.

Sus grandes cualidades: gran preparación humanística y literaria, fabulosa labor retentiva o memorística, espectacular curiosidad intelectual, exquisita sensibilidad, dotes de exposición oral o escrita inmejorables... le llevaron a conocer, también, el fenómeno literario hispanoamericano. Por eso a partir de la sexta edición de su *Historia de la Literatura Española* se publicó un cuarto volumen dedicado a la *Literatura Hispanoamericana*, escrito por su hijo, profesor en universidades norteamericanas, Angel Valbuena Briones. De tal manera la obra de Valbuena Prat, y bajo su certera dirección, quedaba complementada y ampliada con esa más extensa visión hispánica.

Es verdad que tal cuarta parte trata tan sólo de ser exposición de las «grandes corrientes literarias del mundo hispanoamericano», pero el sinnúmero de ellas y su extensión (558 páginas en cuarto), así como la sagaz visión de las mismas, hace que se la pueda considerar como una verdadera historia literaria hispanoamericana.

Con ese concepto de la literatura hispanoamericana como parte, aunque independiente, de la literatura española, publicó, también, la *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*, y un estudio muy amplio sobre el modernismo en la *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, así como su *Literatura Española en sus relaciones con la Literatura Universal*. Murió cuando preparaba una *Literatura Castellana*, donde el mundo americano se consideraba también.

Valbuena Prat había sabido directamente de ese mundo en cursos, como el de la Universidad de Río Piedras, en Puerto Rico, o en el Brasil. De ahí que en su *Literatura Española* dedicó un denso capítulo al estudio del modernismo y a su mentor, Rubén Darío, a pesar de ser nicaragüense. Del que escribe, al final del mismo: «Rubén, aunque la retórica virtuosa de parte de su obra quede en lejanía y en escorzo, aunque la blandura finisecular de su sensibilidad poética se proyecte hacia un mundo pasado, es, por la renovación formal, por las adquisiciones de idioma y de verso, por la alta calidad intelectual y pura del mundo de la poesía, la personalidad que abre el mundo de lo contemporáneo. Por eso cabe decir sin exageración que, en calidad subjetiva, en riqueza formal, en amplitud sintética, es Rubén el máxi-

mo lírico de lengua castellana desde la muerte de Góngora hasta el comienzo del siglo XX.»

Ambos —fenómeno y autor— fueron tratados, a su vez, magistralmente, en el estudio que Valbuena publicó en *Letras de Deusto*, con el título de «El 'Americanismo modernista' del Rubén de la 'Mocedad' al Hugo de 'Momotombo'». Trabajo que demuestra sus grandes conocimientos —autores y obras— de la literatura hispanoamericana.

Años antes de su muerte escribió para *Anales de Literatura Hispanoamericana* un ensayo sobre «La poesía de Leopoldo Lugones o del modernismo al ultra». Estudio riquísimo en sugerencias y críticas sobre el poeta argentino.

Iguales hubieran salido de sus manos muchos más, de no haber estado ocupadas con los temas españoles de su especialidad principal, que sin embargo conjugó con los hispanoamericanos, como he expuesto.

Esta breve evocación del profesor recientemente fallecido no estaría completa al no referirme a su cualidad de verdadero maestro en la captación y guía de innumerables alumnos. Cuántos esparcidos por doquier, mas fervorosos admiradores suyos.

Como ejemplo, fui testigo de ello al jubilarse. Acababa yo de ser elegido, masivamente por mis compañeros numerarios, decano de la facultad de Filosofía y Letras, y le acompañé, con sumo gusto, en una singular comitiva que entre aplausos, músicas y canciones le llevaron, con apoteósica admiración, al Paraninfo donde se celebró el acto de despedida en su honor. Todos los discípulos rivalizaron en agasajarle.

Entonces pude comprender y conocer la estrecha relación que en este caso hubo siempre entre el profesor y aquellos a quienes enseñaba, que querían despedirse de él al finalizar, por imperio de la ley, su carrera universitaria activa.

En fin, la emoción me impide continuar esta sincerísima semblanza. Angel Valbuena Prat ha sido el hombre bueno, cabal, afable y sabio. Su recuerdo perdurará en su ingente obra. Quiso vivir el año 1981 para conmemorar el tercer centenario de «su» Calderón; los que lo consigan tendrán muy presente y echarán de menos tan profundo magisterio.

Hasta siempre, querido Angel.

FRANCISCO SÁNCHEZ-CASTAÑER